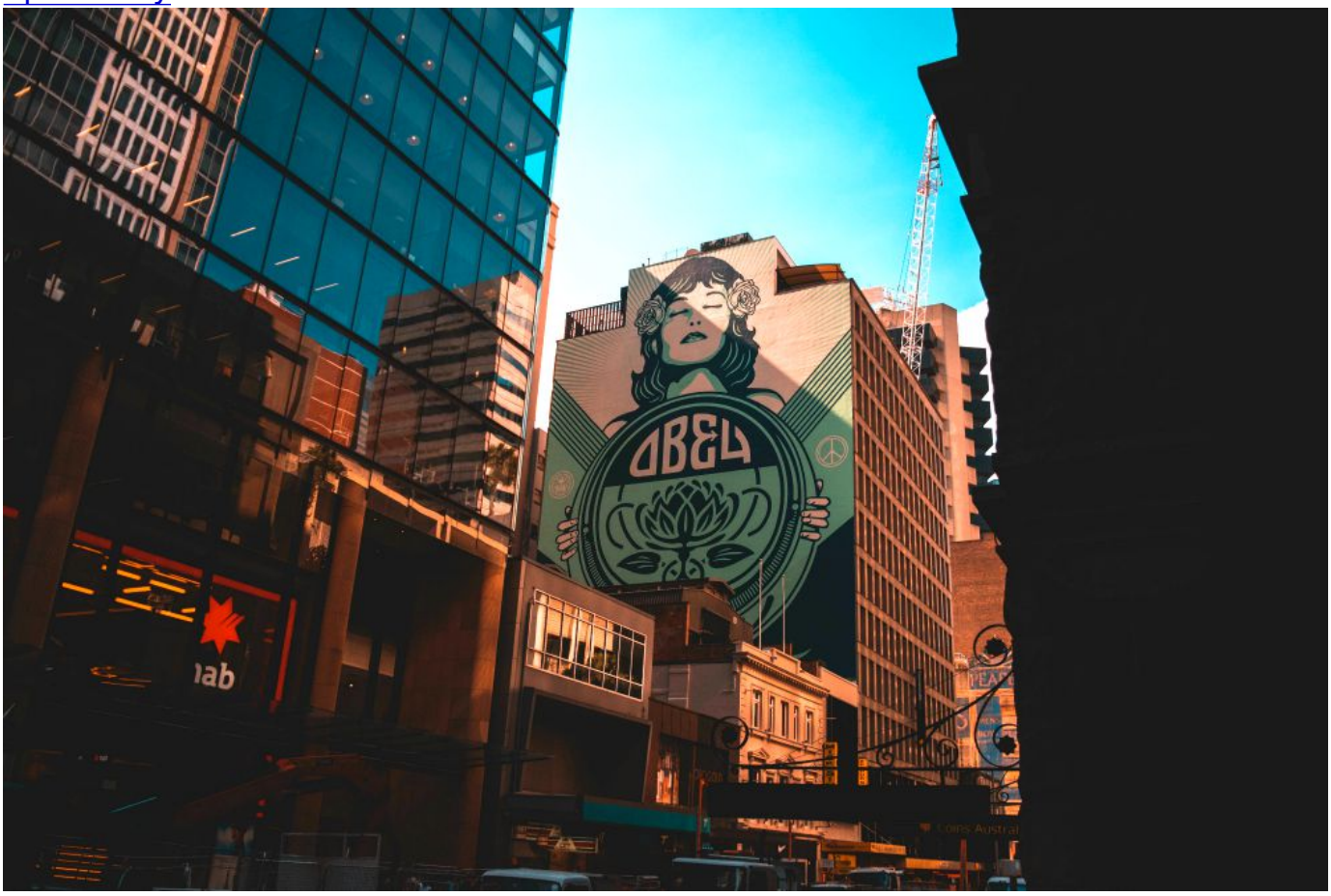
Columns
Spirituality



Mural *Peace Waratah,* en Sídney, Australia, del empresario y artista callejero Shepard Fairey. (Foto: Unsplash/Joh Elfes)

Joan Chittister

View Author Profile

Follow on Twitter at @joanchittister

Traducido por Magda Bennásar

View Author Profile

Join the Conversation

June 26, 2024

Share on BlueskyShare on FacebookShare on TwitterEmail to a friendPrint

Algunas personas piensan que nuestra agitación política surge de la nada. Es decir, que es simplemente un capricho de la naturaleza. Otros dicen que no, que una revolución como esta tiene que ser tramada y planeada. La mayoría argumenta, sin embargo, que se trata de una oscilación normal del péndulo de la historia: el hecho de que tras un periodo de gobiernos liberales de izquierdas, el mundo vuelve a oscilar de forma natural hacia la rígida derecha. Y viceversa.

Bueno, quizá sea cierto, pero si lo es, la vida de mucha gente se ve aplastada en su implacable vaivén. Debe haber otra respuesta, algo más racional, más significativa que esa.

Sin embargo, no he conocido a nadie que afirme saber a ciencia cierta cuáles de esas teorías del desarrollo social son siquiera sólidas y mucho menos evidentemente ciertas. Sí sé, en cambio, que las sociedades que antaño parecían estar a punto de desarrollar una visión global y formar parte de la familia de naciones ahora parecen, en el mejor de los casos, estar inmersas en el cambio climático sociopolítico del siglo. Lo que parecía que iba a convertirse en una fusión de sociedades democráticas, abiertas y económicamente justas en una visión global del mundo, ahora está girando sobre su base. En todas direcciones a la vez.

Es más, están apareciendo autócratas por doquier en todo el planeta para solucionar los problemas: Maduro en Venezuela. Erdogan en Turquía. Orbán en Hungría. Kurz en Austria, Duterte en Filipinas... Trump en Estados Unidos... por nombrar algunos.

> "La obediencia nos permite renunciar a nuestra propia omnipotencia. En su lugar, podemos depender de la perspicacia de los demás para que nos lleven por la vida, al mismo tiempo que intentamos llevarles a ellos": Hna. Joan Chittister
>
> Tweet this

Los autócratas creen que sus respuestas son las únicas posibles a cualquier pregunta posible, por grande o pequeña que sea: cómo poner los platos en el lavavajillas, cómo acostar al bebé por la noche, cómo organizar el trabajo de oficina, cómo controlar la plaga de opioides, cómo remodelar la base industrial de una nación, cómo lidiar con los refugiados que huyen del sufrimiento hacia la tierra segura más cercana que puedan encontrar: mujeres y niños, ancianos y adolescentes, familias y jóvenes solos, a la deriva, abandonados.

¿Qué pueden hacer los autócratas al respecto? Bueno, para empezar, dan respuestas rápidas y concluyentes —encerrarlos, echarlos, olvidarse de ellos— porque no aceptan el consejo de nadie más.

Por desgracia, puede llevar un tiempo descubrir que los absolutos rara vez resuelven los problemas; solo crean nuevos tipos de dificultades sin la colaboración necesaria para afrontarlas ni la profundidad de alma para enderezarlas.

No, la falta de absolutos sociales no es lo que falta en el mundo. Al contrario. El problema radica en la falta del tercer paso de humildad de Benito. Es el tercer paso de la humildad lo que nos une al resto de la raza humana.

En una primera lectura, el tercer paso de la humildad también puede hacer que una persona se acobarde. Al menos, cuando era adolescente, a mí me pasaba. "El tercer grado de humildad", nos leyó la maestra de novicias, "es que nos sometemos a la autoridad de los demás con toda obediencia por amor a Dios". Claramente, es en el tercer grado de humildad cuando la vida personal de un individuo muestra la primera necesidad de cambio. Tardé años en darme cuenta de que la frase de la oración —"por amor a Dios"— era el principio operativo en el que se basaba esta obediencia y que 'obediencia' no significaba lo que mi maestra de primer grado pensaba que significaba.

Relacionado: Arreglarlo todo: primero, dejar a Dios ser Dios

Relacionado: Nuestras diferencias marcarán la diferencia en nuestro futuro

Los dos primeros grados de humildad son claros: hay un Dios que desea a toda la creación "el bien y no el mal". El segundo nos dice que buscar la voluntad de Dios para todos nosotros es el único enfoque sensato de la vida.

En el tercer paso de humildad de Benito, sin embargo, comienza la verdadera lucha con la búsqueda personal de la humildad. Aquí, al parecer, la obediencia —que al principio pensé que significaba acatar órdenes— se debía anteponer a la creatividad o la inteligencia. Pero nada más lejos de la realidad. La obediencia no es tan sencilla. Obediencia, la propia palabra, no significa 'saltar'. Al contrario, 'obediencia' —del latín *obedire*— significa 'escuchar'. Tal y como lo define la primera frase de la regla: "Escuchad atentamente, hijas e hijos míos, mis instrucciones, y atendedlas con el oído de vuestro corazón".

De repente, me di cuenta del problema: ¿cómo podía decir que realmente creía que la voluntad de Dios era lo mejor para mí si me negaba a aceptar el hecho de que, por tanto, la voluntad de los demás, que también buscaban la plenitud de la vida, también podía ser buena para mí? Era el enigma espiritual de todos los tiempos. ¿Cómo es posible que el crecimiento de mi propia alma resida en su relación con los planes de los demás?

Entonces, se encendió una luz: aprender a escuchar, a tomar en serio, a quienes se nos confiaba el desarrollo de nuestras vidas tenía más que ver con el crecimiento que con la represión. Aprender a tener en cuenta las ideas y la comprensión de los demás no es el fin de la autonomía. Es el principio de la humildad.

Las normas, de hecho, tienen mucho que ver con la formación inicial en cualquier cosa. Ponen orden en el caos; dan dirección a todo lo que hacemos. Si 'escuchamos seriamente' qué cualidad pretenden preservar las normas para nosotros, también pueden tener mucho que ver con llevar el cumplimiento al punto de compromiso.

> "Es menos que humano seguir una orden [legal] cuando violaría una orden moral o espiritual. Ahora sabemos que debemos ser tan capaces de disentir como de obedecer si queremos ser personas verdaderamente morales": Hna. Joan Chittister
>
> Tweet this

Advertisement

Al mismo tiempo, lo cierto es que a medida que crecemos dentro de las normas, también crecemos más allá de ellas. Ponemos a prueba la credibilidad de las normas sociales; examinamos sus efectos en las personas. Decidimos qué estamos dispuestos a obedecer y por qué, y qué no estamos dispuestos a obedecer y por qué. Desenmascaramos la autocracia por lo que es: una toma de poder narcisista que al final beneficia a pocos, aparte del autócrata.

Como resultado, la obediencia tiene dimensiones espirituales que son la plataforma de lanzamiento del crecimiento personal y la responsabilidad pública.

En primer lugar, la obediencia nos permite renunciar a nuestra propia omnipotencia. Aprendemos que está bien que no lo sepamos todo. En su lugar, podemos depender de la perspicacia de los demás para que nos lleven por la vida al mismo tiempo que intentamos llevarles a ellos también por la vida.

Al estar dispuestos a aprender de la experiencia de los demás, llegamos a respetar el valor de aquellos cuyas ideas amplían, prueban y extienden las nuestras. Al final, como resultado, somos más inteligentes y eficaces de lo que jamás podríamos ser solos.

Por último, esta confianza en el compromiso, la buena voluntad y la eficacia de los demás nos libera para experimentar nuevas formas de pensar y hacer las cosas de nuevo por nosotros mismos.

Espiritualmente, llegamos a darnos cuenta de que es menos que humano seguir una orden —legal, incluso legal— cuando violaría una orden moral o espiritual, como afirman ahora los trabajadores de Microsoft en su intento de resistirse a la militarización de su tecnología. Ahora sabemos que debemos ser tan capaces de disentir como de obedecer si queremos ser personas verdaderamente morales.

Luego, tras haber aprendido que ninguna respuesta es nunca la respuesta totalmente correcta, aprendemos que hacer algo porque lo dice el líder —el tipo de órdenes que enviaron a millones de judíos a la cámara de gas o mataron a campesinos en My Lai— o porque le gusta al jefe, o porque se gana más dinero, o porque la gente espera que lo hagamos, nunca es suficiente para justificar que hagamos algo.

Desde mi punto de vista, la explicación del auge de la autocracia es clara. No, el actual intento de gobierno imperial no surge de la nada. Sí, es una revuelta contra la democracia. No, no es el resultado de la oscilación natural de un péndulo. Es un intento de interrumpir el movimiento natural del péndulo hacia un crecimiento constante, participativo y evolutivo.

Que no quepa duda de la necesidad del tercer paso de humildad: la autocracia debe dar paso a la unidad humana y al bien común. La obediencia debe volver a ser 'escucha'. A todos. Por el bien de todos porque —y aquí está de nuevo esa frase operativa— lo hacemos "por amor de Dios".